

1.3.

5.275 (Piperini)

Lecturas Católicas "DON BOSCO"

R. UGUCCIONI

Un MISIONERO de 3 CONTINENTES



MARZO 1953

Núm. 109

LECTURAS CATOLICAS "DON BOSCO"

Un Misionero de tres
Continentes

EL PADRE RAFAEL PIPERNI
SALESIANO

Segunda Parte

R. UGUCCIONI

TRADUCCION DE
JORGE DU BREUIL.

EDICIONES SALESIANAS

(Con Licencia Eclesiástica)



El Padre Piperni.
SALESIANO



¡CON DON BOSCO!

El padre Piperni no había conocido personalmente al santo fundador de los Salesianos, pero siempre le había guardado una gran admiración. Entre sus más preciosos recuerdos conservaba una carta autógrafa que Don Bosco le había escrito a fines de Febrero de 1871, adhiriéndose a una publicación que el padre Piperni, joven sacerdote y ya desde entonces apóstol de la Buena Prensa, había organizado en sus primeros años de misionero sacerdotal.

Había seguido después con creciente entusiasmo sus obras y escritos, condividiendo con el pa-

dre Belloni el deseo de aplicar sus métodos educativos en la Obra de la Sagrada Familia. Ahora Don Bosco lo llamaba con su atractivo irresistible después de haber llamado entre sus hijos al venerado padre Belloni.

Y el padre Piperni fué desde Roma hasta Turín, donde se puso generosamente a disposición de Don Rúa.

Fué mandado a Valsalice, para hacer allí su noviciado, emitiendo los votos en Octubre del mismo año (1892). La anticipación de su profesión requería un permiso de Roma. Fué anticipada por la primera obediencia..... urgente, que en aquellos mismos días le fué comunicada por don Rúa: ¡debía partir con la primera expedición de Salesianos para México!

Otra vez en México.

Al recibirla, debió saltar de alegría el corazón del padre Piperni. Dos años de separación de aquella amada región no habían entibiado, todo lo contrario, el apego a aquellos lugares donde tanto había trabajado y sufrido, y donde había recibido

tantos bellos consuelos! Siempre se había conservado en correspondencia epistolar con las personas que habían estrechado con él, vínculos de admiración y de una amistad santa, y el pensamiento de regresar a un ambiente tan querido para su corazón, y de regresar ya como Hijo de Don Bosco, lo llenaba de entusiasmo, y daba alas a sus deseos, presentándole un trabajo aun más fecundo y vasto que el que había desplegado como simple mendigo de la Sagrada Familia.

Este su viaje, sin embargo, según el parecer de los Superiores, no había de tener otro objeto que acompañar y presentar a las Autoridades de la capital de México al jefe de la expedición, Don Angel Piccono el cual, ignorante de las costumbres de estos lugares, para él todavía desconocidos, sentía la necesidad de tener a su lado, siquiera por los primeros días, a un hombre del temple y capacidad del padre Piperni que para él, nuevo Tobías, habría de ser verdaderamente el arcángel Rafael.

¡Y tal fué de veras para él, el padre Rafael Piperni!

¡Ya hacía varios años que los Salesianos eran deseados en México!

Habían sido pedidos a Don Bosco, quien, un año antes de morir, había respondido a las insis-

tencias que en Roma le hizo un grupo de estudiantes del Colegio Pío Latino Americano: "No seré yo quien mande los Salesianos a México; lo que yo no puedo hacer, lo hará mi sucesor; pero no dudéis de ello!"

Y en efecto, cuatro años después de su muerte, don Rúa debió ceder a las repetidas instancias que le llegaban de parte de los cooperadores y Obispos mejicanos, y así en octubre de 1892 enviaba una primera expedición de Salesianos, guiada por el padre Ángel Piccono, con tres sacerdotes, uno de los cuales era el padre Piperni, un clérigo, y un coadjutor. El primero de diciembre fueron recibidos con vivo entusiasmo por los cooperadores en Veracruz, y éstos los acompañaron a la capital para tomar posesión de un instituto ya fundado y encaminado por ellos, con el fin de ofrecerlo a los hijos de Don Bosco. Era un colegio que, cuando más, contenía treinta jóvenes, mas poco después de la llegada de los salesianos se vió la necesidad de un ensanchamiento. El padre Piccono, que, al lado del padre Piperni, se había adaptado bien al ambiente, se lanzó a un continuo progresar de iniciativas que bien pronto, es decir, hacia fines de Enero del año siguiente, le permitieron colocar la primera piedra de un nuevo instituto capaz de albergar cuatrocientos jóvenes. Y cuatro años después la obra

deseada tenía su feliz realización, saludada y encomiada por una solemne deliberación del Sínodo diocesano. Esto acaecía en 1897. Mas el padre Piperni, ya desde 1893 había salido de Méjico para regresar a Turín. Alcanzado el objeto de su viaje al lado de la expedición misionera, los Superiores, poco tiempo después de su partida para México, lo llamaron, para darle la posibilidad de completar el período de noviciado prescrito por los cánones, ya que lo había interrumpido por la causa antes citada. Retornó pues a la paz de Valsállice, a pasar un breve período de serenidad y reposo físico que le permitió un intenso fervor de actividad espiritual.

Junto a la tumba . . . que se convirtió en altar.

Hacía cinco años que la casa de Valsallice custodiaba el tesoro de la Congregación Salesiana: los venerables despojos de su santo fundador. Y junto a aquella tumba, destinada a convertirse en altar, se reunían los jóvenes retoños de la Pía Sociedad, los clérigos, entregados a una formación que los habría de transformar en obreros y apóstoles de la gran obra de Don Bosco.

El padre Piperni era el más anciano de ellos, y así, al par que atendía con humildad y docilidad a su formación espiritual, ponía a disposición de

sus jóvenes compañeros, el tesoro de su larga experiencia y la sabiduría no común que había adquirido con el uso de las lenguas extranjeras. Tuvo entre sus alumnos a don Eneas Tozzi, que más tarde sería Inspector en los Estados Unidos, quien dejó de él los siguientes recuerdos:

"Conocí al padre Piperni en Valsállice durante su noviciado, y en Piova durante unas vacaciones (1893) donde nos enseñaba la lengua española.

"Para animarnos a estudiar las lenguas extranjeras nos contó un episodio del cual había sido protagonista durante uno de sus viajes de Palestina a Europa. Se había embarcado sobre una nave que hacía la travesía entre Beirut y Marsella; un día lo mandó llamar el capitán para decirle que un francés se encontraba a las puertas de la muerte, y no había a bordo ni un sacerdote que hablase francés. Con mucho gusto se ofreció el padre Piperni para socorrer al agonizante y acercándose rápidamente a él, lo consoló, le administró los sacramentos y le recogió su último suspiro. Confiaba a los jóvenes que lo escuchaban, que al asistir a aquella alma, había experimentado un consuelo tan grande que bendijo al Señor por haberlo puesto en condiciones de poder hacer lo que había hecho, y que nunca como en aquella ocasión había

constatado que un hombre vale tanto cuantas son las lenguas que posee.

"Habíamos terminado el segundo año de filosofía y nos enseñó a rezar el Padre Nuestro y el Ave María de nuestros primeros misioneros.

"En Piova, risueña morada de nuestras vacaciones de verano, mientras el padre Alarino cuidaba de la administración de la casa, el padre Piperini era nuestro confesor, ya que no había otro sacerdote con nosotros. Había celebrado ya el 25o. aniversario de su ordenación sacerdotal, y nosotros admirábamos su devoto porte al celebrar, y la larga preparación y acción de gracias entre las cuales enmarcaba la Santa Misa.

"Nos decía que desde el primer año de sacerdocio había hecho el propósito de meditar y rezar cinco misterios del santo rosario antes de la Misa, y cinco después".

A petición nuestra, nos explicó el modo de meditar los misterios adaptando las palabras del Padre Nuestro y del Ave María. Con esto nos entretenió durante varios recreos vespertinos. Yo le rogué que pusiera por escrito las consideraciones que nos había hecho, y al año siguiente me mandó de México dos opúsculos en lengua española, el uno

sobre los misterios gozosos y el otro sobre los dolorosos. Pocos años después me mandó el tercer opúsculo desde California. Nos resultaron muy gratos, y los amigos se disputaban los opúsculos para mejor apreciar y valorizar el rezo del santo Rosario. Muchos años después le escribí para que me mandara alguna copia de los preciosos libritos, pero me respondió pocos meses antes de su preciosa muerte que había olvidado aquel trabajito, y que le desagradaba no haber podido encontrar copia de él.

“Preparaba muy bien sus sermones, escribiéndolos y diciéndolos después de memoria. Predicaba todos los domingos en el santuario de Piova. Al principio parecía que aquellos buenos aldeanos no entendían, pero cuando se celebró la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores hacia la mitad del sermón todos estaban conmovidos, y vi mucha gente que lloraba.

En Valsalice escuché un sermón suyo dedicado a un novel sacerdote y debo decir que jamás he vuelto a escuchar un sermón tan hermoso sobre el sacerdocio católico.

“Entre nosotros era muy estimado por su piedad y capacidad, pero él se mostraba poseedor de una humildad que nos confundía. Paseando con

nosotros, él, sacerdote anciano y nosotros, jóvenes clérigos, nunca quería estar en el centro, pues se consideraba novicio. Nos divertía con las amenas narraciones de sus aventuras misioneras, pero nunca acaeció que aprovechase de ellas para jactarse. Parecía olvidado del gran bien que había hecho".

¡Cuán veloz transcurrió aquel año de paz y de sereno descanso en el oasis de Valsálce! Fué una breve pausa en la vida tan agitada de este trabajador intrépido e incansable. Apenas había terminado el 1893, cuando le llegó una nueva obediencia.

¡Y otra vez hacia México!





EN PUEBLA

La obra Salesiana había encontrado en México un terreno sumamente fértil en que propagarse. Mientras en la capital florecía la casa dirigida por el padre Piccono, los Superiores acogieron las instancias para abrir una segunda casa en Puebla, capital del estado homónimo, ciudad que entonces contaba unos cien mil habitantes.

La casa debía levantarse en aquella parte de la ciudad donde más se sentía la necesidad de la Obra Salesiana. Un barrio pobre, abandonado, populoso y de mala fama.

El padre Piperni fué el hombre sobre quien cayó en seguida la designación de los Superiores y él aceptó con su acostumbrado entusiasmo aquel encargo del que sólo él estaba en grado de conocer el cúmulo de sacrificios que incluía. Y en Febrero de 1894 ya se encontraba de nuevo en la que él consideraba ya como su segunda patria, acogido, como es fácil imaginarse, con viva alegría por cuantos entonces lo conocían.

Sumamente humildes fueron los principios, a pesar de la bullanguera bienvenida. Un grupo de casitas de un solo piso fué la residencia entregada al grupo de los nuevos misioneros, quienes inauguraron sin embargo aquel pobre hospicio entre manifestaciones de sincero entusiasmo. Para realzar la circunstancia el P. Piccono mandó de México la banda de música, que permaneció tres días en Puebla, sorprendiendo a la ciudad que nunca había visto un grupo de músicos compuesto de muchachos.

La casa, que fué dedicada a San Ignacio, por gratitud a D. Ignacio Martínez, principal sostenedor de aquella fundación, estaba destinada a ser colegio de artes y oficios para niños pobres, más las escuelas elementales, que más tarde debían ser sustituidas por la secundaria. También en Puebla,

como había acontecido en México, muy pronto la construcción resultó pequeña para el número siempre creciente de los muchachos que solicitaban su admisión, y el padre Piperni comenzó a ampliarla. Pero junto con los obreros entraron en la casa los gastos, que pronto crecieron hasta ser tan apremiantes que el padre Piperni volvió a tomar su antigua profesión de mendigo, con el fin de obtener de las almas buenas la ayuda necesaria.

"Para mis niños"

El ya conocía aquel arte a la perfección y lo practicaba sin reposo llamando a las puertas de los cooperadores y de las personas ricas con tanta humildad y gracia que nunca llegó a aburrir. Con todo una vez, y precisamente un sábado, día crítico de la paga a los obreros, no teniendo con qué hacer frente a los gastos, mandó un alumno de confianza con un billetito suyo, a casa de un señor adinerado, que despidió al muchacho con cajas destempladas. El padre Piperni lo envió por segunda vez. Amenazas e injurias peores que las anteriores. Entonces lo volvió a enviar, por tercera vez, con un billetito que decía: "Acepto para mí sus

palabras duras, pero para mis pobres niños, tengo necesidad de pan". Aquel señor, que ya estaba para estallar, apenas pasó la vista sobre tales expresiones, sintió que se calmaba, se apartó por un momento y después volvió a aparecer con un sobre bien lleno que puso en manos del jovencito, insistiéndole para que lo excusara con el Padre Director. Un año después, el mejor tipógrafo de la ciudad, deseoso de darse a una vida más tranquila en los últimos años de su vida, le obsequió todas sus máquinas y todo el material de su tipografía, y así el padre Piperni pudo implantar en el colegio una buena escuela tipográfica a la cual se dirigieron los clientes del donante, garantizando el trabajo para los jóvenes alumnos, así como nunca llegó a faltar trabajo para las otras escuelas de carpintería, mecánica, sastrería y zapatería.

La casa iba prosperando, y lo que más importa, reinaba en ella una armonía admirable, que sabía formar el padre Piperni con sus buenos modales y sobre todo con su gran caridad.

Una muestra del ambiente que había él creado la encontramos en el testimonio dado por un salesiano, don Bernardo Maranzana, que así nos describe su llegada a la casa de Puebla y su primer encuentro con el director.

"Vamos a comer los frijoles".

"Tocaban las doce del día, cuando llegué a la puerta de la casa salesiana de Puebla.

"Llevaba por compañero a un hermano coadjutor, persona de cierta jovialidad que podía encabalar un estandarte con las palabras: "Sirvamos a Dios en medio de la alegría".

"El Instituto, situado en la parte más alta y más bella de la ciudad, dominaba sus alrededores, y daba una impresión favorable por su ubicación, expuesta al sol, y por el agradable conjunto del edificio.

"Y.....por fin, tras millas y millas de navegación, tras centenares de kilómetros en tren, nos encontramos en la presencia del director en medio de los clamorosos niños de la comunidad, que manifestaron su benevolencia con la más sincera bienvenida.

"El padre Piperni contaba entonces unos cincuenta años. Era de estatura mediana, de compleción robusta, tenía el rostro redondo, las facciones marcadas, usaba anteojos y tenía una sonrisa dulce y afectuosa, que manifestaba una cordialidad amigable y fraternal. Esta era su principal

característica, que le cautivaba inmediatamente las simpatías de quien se le acercaba.

"Se dirigió a nuestro encuentro, nos dió un fuerte abrazo, como queriendo decir a nuestra emoción y a nuestros titubeos: —¡Ánimo!, aquí estoy yo para sostenerlos, y con la ayuda del Señor haremos muchas cosas en favor de estos jóvenes, que tanta necesidad tienen de nosotros.

"Simples y cordiales fueron sus palabras de bienvenida, y cuando, dirigiéndose a la comunidad, nos presentó, comprendimos lo vivo y sentido que era su ascendiente; y de este modo encontramos en él, que se había hecho salesiano a edad avanzada, la benignidad y el atractivo de nuestro santo Fundador.

"Después de la presentación y de las afectuosas palabras que dirigió en nuestro favor, el Padre Piperni, con aquel modo de obrar infantil que le era propio, y con aquella jovialidad con que sabía condimentar aún las quejas y los reproches, dijo: "Ahora vamos a comer los frijoles! — Cosa que despertó la alegría de los jóvenes y que nos unió con una onda de cálida amistad.

"Con estas palabras sencillas e insignificantes, parecía sin embargo que nos quisiera decir a nosotros que éramos misioneros: — Vamos a co-

menzar nuestro trabajo; éste es sencillo y fácil. Tened fe en el Señor, esperad de El vuestras fuerzas, y El os allanará el camino.

Una mirada al Colegio.

"Precedidos por el padre Piperni, pasamos a un patiecillo con sementeras bonitas y bien alineadas, en cuyo centro campeaba una estatua del Sagrado Corazón.

"Todo estaba lindo y aseado. Todo retrataba la huella personal y activa del director.

"De la habitación vieja y oscura en que fuera implantado el colegio él supo sacar amplios talleres, luminosos locales, donde el trabajo y la clase se tornaban atractivos.

"Lo que más nos llamó la atención, y nos hizo sentir de veras la grandeza de la familia salesiana, y apreciar el trabajo del padre Piperni, fué el notar que esta casa de Puebla, más modesta y tan lejana había sido construída según el preciso modelo de nuestra casa madre, María Auxiliadora, de Turín, cuando se encontraba en los principios de su fundación.

"Todo esto era trabajo del padre Piperni.

"Había hecho surgir de la nada una obra encomiable: de la nada había sabido crear, siguiendo las normas de San Juan Bosco, todo lo que servía para educar a los jóvenes confiados a nuestros cuidados.

"El padre Piperni que, como Don Bosco, confiaba en la Providencia Divina, nunca se dejó vencer por el desaliento. A medida que aumentaban las dificultades, más fácil encontraba él la solución; más crecían los gastos y más acudían los cooperadores para llevarle su utilísima contribución.

"Se leía cada mañana en la puerta de la modesta capilla, un aviso que decía: "Hoy el bienhechor, o la bienhechora tal, ha pagado el pan de San Antonio".

"Y cada día llegaban, para aquellos niños que estaban necesitados de todo y nada poseía, jarros de leche, vestidos, calzado....., todo bien de Dios.

"Así es: La Providencia sonrío a sus mejores hijos, y se complace en bajar abundante sobre quien la invoca y sobre quien trabaja, vestido humildemente, en el nombre del Señor".

Como un padre.

Si bien sólo contaba algo más de un año como salesiano, dió muestras de haber asimilado tan perfectamente el espíritu de Don Bosco, que parecía haber crecido desde niño en la escuela del santo educador.

Más que director, fué padre, como precisamente quería Don Bosco. Por mucho tiempo fueron recordadas por los hermanos y por los exalumnos sus "buenas noches" inspiradas en un sentido de oportunidad y condimentadas con su afabilidad que no excluía una paterna severidad, toda vez que el caso lo requería. Afuera, aun las personas más encumbradas consideraban un honor el visitarlo y consultarlo. Prueba de que era amado no sólo de palabra por la población fué el hecho de que en menos de un mes pudo pagar la deuda de doce mil pesos que pesaba sobre el colegio desde su inauguración. Se ignora por otra parte el gasto enorme requerido por los trabajos de ampliación y por el mantenimiento de los internos, que crecían de número cada vez que la casa se iba agrandando. Y la actividad del padre Piperni no se limitó a la dirección de la casa de S. Ignacio: supo estimular la iniciativa de los hermanos, quienes, después de haberse prodigado en los oficios de la casa, ha-

llaban todavía fuerzas para dedicarse a la obra de los Oratorios festivos, que brotaron numerosos en Puebla, hasta alcanzar más tarde el número de cinco.

En poco más de dos años el padre Piperni convirtió a Puebla, de la nada, o algo así, en una de las más importantes Obras salesianas de México, y cuando la obediencia lo destinó a otro campo, podía decir que no había perdido el tiempo.

Esto aconteció a fines del año 1896.

Dolorosa separación.

De Turín le llegó, en efecto, fechada el día 8 de Septiembre de 1896, esta inesperada carta de Don Rúa:

"Muy querido padre Piperni,

"Me apresuro a comunicarle que tanto a mí como al Capítulo Superior de nuestra Congregación nos ha parecido bien confiarle la fundación de una Casa en la ciudad de San Francisco, solicitada por tanto tiempo, por el arzobispo Mons. P. Rior-

dan, para la asistencia espiritual de los numerosos italianos emigrados a aquella ciudad.

"Deje la dirección en manos de su sucesor cuya nómina va anexa, y venga enseguida a Turín, para tomar consigo a sus compañeros de misión lo más pronto posible.

Sac. MIGUEL RUA".

Fué aquella una prueba tanto más dolorosa cuanto más inesperada, y el padre Piperni se la reservó en su corazón por dos días; no podía esconder sin embargo su turbación interior que se le notaba en el semblante. La separación de México, que amaba ya como su segunda patria, la separación de una casa que tantos sacrificios le había costado y que él veía tan bien encaminada con sus ciento veinte alumnos que lo amaban entrañablemente; la separación de sus buenos hermanos con quienes había dividido aflicciones, alegrías y esperanzas...

Se decidió por fin a revelar a estos últimos el doloroso secreto. Y éste se desbordó del corazón de los hermanos, produciendo una emoción que se propagó rápidamente por toda la casa.

También a los cooperadores comunicó la noticia de su partida con una carta en que vibraba su reconocimiento por la comprensión y la ayuda de que hacia ellos se sentía deudor; al darse cuenta

más tarde de la repercusión que había producido la noticia, hasta el punto de que personalidades influyentes se proponían hacer algunas gestiones en Turín para suplicar a los Superiores revocaran aquella "obediencia", apresuró la dimisión de su cargo en manos de su sucesor, el padre Visintainer, hasta entonces prefecto de la casa, y se decidió a partir de inmediato para Turín.

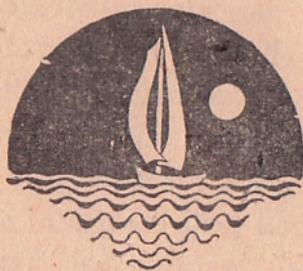
Conmovera fué la escena del último adiós, la cual describe el padre Arias, entonces alumno de la casa y por tanto testigo ocular.

Reunidos en el teatro los salesianos, alumnos y cooperadores para el último adiós, le llegó a faltar la palabra, ahogada por los sollozos. El padre Piccono, que había llegado de México para consolar al amigo, quiso hacerse intérprete de sus sentimientos, pero a él también le faltó la palabra, y entonces todos salieron para ir a la capilla a recibir la Bendición. Mas también allí la emoción produjo sus efectos. El padre Piperni se dispone a entonar el "Oremus" después del "Tantum Ergo" mas

la voz le falla y no consigue salir de la garganta. Acude en su ayuda el padre Piccono, pero también él, pobrecillo, a la mitad de la oración se siente cortada la palabra por un violento sollozo, al cual hacen eco todos los alumnos y hermanos de la casa. El sacerdote, temblando de emoción, alza el ostensorio, sobre aquellos rostros regados por el llanto, y la función concluye en medio de un silencio roto sólo por los sollozos de todos.

Después que salieron de la iglesia, el padre Piccono logró por fin hilvanar algunas palabras, el padre Piperni da su adiós más con los ademanes que con las palabras, y se aleja, dejando tras de sí una larga estela de afectos.

Treinta y tres años más tarde, poco antes de su muerte, dieciocho de aquellos alumnos se acercarán al padre nunca olvidado, con una carta llena de afectos y dulces recuerdos.





Antigua parroquia los de Italianos aquí llegó el P. Piperni.



EN LA METROPOLI DEL PACIFICO

La idea de llamar a los Salesianos a San Francisco de California se le había ocurrido al celoso pastor de aquella vasta arquidiócesis, Mons. Rior-dan, al contemplar el espectáculo que ofrecían los numerosos italianos que poblaban los suburbios de la gran metrópoli. Para remediar las necesidades espirituales de aquella población abandonada desde hacía mucho tiempo a las malélicas influencias de la miseria y de la ignorancia, se había levantado, desde 1884 una iglesia en la esquina llamada de Grant Ave (entonces formada por las calles Dupont y Filbert) merced a los trabajos del padre Carlo Franchi. Este fué sustituido por el padre Ra-

fael De Carolis, que allí permaneció hasta la llegada de los Salesianos. Había mucho trabajo, y se recogía poco fruto. Se necesitaban más brazos, y el Arzobispo, al consultar al padre Sasia, S. J. entonces vice-provincial de los estados de Oregon y California, recibió de éste la sugerencia de llamar allá a los Salesianos. El Padre gozaba de una merecida confianza para con el Arzobispo, y era un ferviente admirador de Don Bosco a quien había conocido personalmente.

—Llame, pues a los Salesianos —le dijo sin vacilar— pero ponga mientes su Excelencia en un particular.

—¿Cuál?

—Que los Salesianos, según su Regla, no pueden aceptar parroquias sin permiso de la Santa Sede.

—De esto me ocuparé yo —replicó el Arzobispo.

En Junio del 1896, el Arzobispo confió su proyecto, de ofrecer esa misión a los Salesianos, al padre Piccono, que había sido enviado a visitar la numerosísima colonia de italianos establecida en San Francisco. Ambos escribieron inmediatamente a don Rúa sobre el asunto y Mons. le decía:

—Me parece que en esta ciudad los Salesianos encontrarán un gran campo de trabajo y una hermosa esperanza para el futuro. Habiendo marchado después a Roma, confió sus proyectos al santo Padre León XIII, el cual no solamente otorgó el necesario permiso, sino que mandó una recomendación a don Rúa para que diera cumplimiento a los deseos del Arzobispo preparando inmediatamente una expedición.

Frente a la voluntad del Papa no había lugar para vacilaciones y don Rúa escribió al Arzobispo aceptando sus propuestas. Estas eran muy expeditas, pues se reducían a los tres puntos fundamentales siguientes:

- 1) El Arzobispo ofrecía a la Congregación la parroquia dedicada a los italianos residentes en San Francisco.
- 2) El mismo se comprometía a proporcionar los gastos de viaje y de las primeras adquisiciones indispensables.
- 3) Los Salesianos se limitarían a ejercer el sagrado ministerio entre sus paisanos.

El convenio fué firmado sin perder tiempo y don Rúa se dedicó a organizar la expedición de los nuevos misioneros, formada por cuatro Salesia-

nos: dos sacerdotes, un clérigo y un coadjutor. La elección del jefe de la expedición recayó sobre el padre Piperni, que además de la capacidad de que había dado muestras en los dos años que llevaba de director en Puebla, disponía de cualidades muy indicadas para asegurar el éxito de la misión. Conocía el inglés, el ambiente norteamericano, era activo, prudente y . . . meridional. También esta última particularidad tenía su importancia, pues la mayoría de los italianos residentes en San Francisco, era oriunda del Sur de Italia. Era además persona muy aceptada al Arzobispo. También el otro sacerdote, el padre Valentín Cassini, ya se encontraba en América como director en Uribelarrea, Argentina. Con el padre Piperni saldrían de Italia el clérigo Oreni y el coadjutor Nicolás Imielinski, el más anciano superviviente de aquella pequeña expedición de pioneros.

La bendición de un Patriarca.

El padre Piperni, organizados en Turín los preparativos para la expedición, se despidió de Don Rúa, quien después de haber abrazado a sus hijos, quiso acompañarlos con un autógrafo suyo en la-

tín, que conservaron ellos celosamente, considerándolo como la bendición del santo Patriarca, don Bosco, cuyo inspirado acento había tomado don Rúa:

"Mis muy queridos hijos en Jesucristo:

"Al enviaros a San Francisco de California para emprender un trabajo, os quiero acompañar con mi bendición paternal. Quiera el Señor bendecir vuestras empresas, dígnese haceros crecer y multiplicar como las estrellas del cielo y las arenas que se hallan en las riberas del mar, a fin de que podáis salvar muchísimas almas y entender el Reino de Cristo hasta los últimos confines de la tierra.

"No olvidéis en vuestras plegarias y al celebrar la Santa Misa a vuestros hermanos, y recordad de una manera especial delante del Señor a vuestro afectísimo en Jesús y María.

Sac. MIGUEL RUA.

Turín, 16 de Febrero de 1897.

Llegaron a la meta el día 11 de Marzo. Se dirigieron a la iglesia de los italianos, y al entrar en la pequeña casa parroquial, aquella humilde casita que habría de convertirse en la piedra angular de la Obra Salesiana en los Estados Unidos, se contaron. ¡Cosa rara! ¡De Turín habían salido en nú-

mero de cuatro y llegaban cinco a la meta! Precisamente como los misterios del Rosario, decía el padre Piperni, y misterios gozosos. Mas ¿de dónde había llegado el quinto?

El quinto misterio.

El quinto misterio gozoso se personificaba en un jovencito de rostro franco y brazos nervudos, cual convenía a un trabajador. Al bajar del buque al puerto de Nueva York la comitiva de los cuatro salesianos provenientes de Europa, un jovencito que había estado en trepidante expectación por varias horas sobre el andén del muelle, se dirigió al anciano sacerdote que parecía jefe de la expedición y le presentó una carta algo maltratada que llevaba en la mano.

El padre Piperni quedó estupefacto al encontrarse delante, no bien desembarcaba en tierras americanas, una carta de Don Rúa. Estaba dirigida a un tal Anselmo Petazzi, y en ella, después de algunas palabras paternas, le decía que en la primera semana de Marzo llegarían de Italia a New York, los primeros Salesianos. Que se presentase a ellos con aquella carta y se dispusiese a acompañarlos hasta California.

El padre Piperni clavó su mirada en el joven y lo miró de pies a cabeza.

—¿Es Ud. este tal Anselmo Petazzi?

—Sí, padre.

—Por lo tanto, italiano.

—Sí, pero vengo de Boston. Hace una semana que estoy aquí esperando vuestra llegada. Y ahora que habéis llegado, espero que no os dejaré nunca más.

—¿De suerte que vendrá con nosotros a San Francisco?

—Sí, Padre —respondió el joven con tono decidido; después, sonriendo, continuó:— Pero me gustaría más que me tratase de tú, como a uno de los suyos.

—Muy bien, hijito, —concluyó paternalmente el padre Piperni.— Después, durante el viaje, me hablarás sobre tus intenciones.

La historia del "quinto misterio" era en realidad más bien dolorosa que gozosa. Era la historia de un pobre emigrante, parecida a la de tantos italianos que se dirigen a América en busca de fortuna, y se ven en cambio obligados a dedicarse a los trabajos más humildes y fatigosos para ganarse un pedazo de pan.

Así Anselmo había encontrado un modo de emplearse, vendiendo frutas por las calles de Boston. En esas condiciones había visto, en toda la desnudez de su miseria física y moral, turbas de muchachos, a lo largo de las calles por donde él conducía su carrito, y el espectáculo de tanta delincuencia precoz había amargado profundamente su ánimo, todavía bueno y generoso.

Frecuentando la casa de un conocido suyo, le había caído entre las manos una copia del Boletín Salesiano, y habiéndose enterado por su lectura que en Turín un sacerdote llamado Don Bosco se había convertido en Apóstol de los rapazuelos de la calle y había fundado una Congregación para redimir y educar a aquellos pobrecitos, hasta tal punto se llegó a interesar por éstos que un buen día se animó a escribir a Turín, exponiendo de una manera muy tosca, pero sumamente eficaz la necesidad que había también en América de aplicar aquellos medios para la educación cristiana de la juventud que él había leído se empleaban ya abundantemente para con los muchachos de Italia, añadiendo que, en su poquedad, se consideraría muy feliz si pudiera colaborar en esta santa obra, en aquella grande América, que tenía mucho más necesidad que Italia de personas que se ocupasen de

la juventud abandonada. Que los Salesianos contaran con él, y le indicasen lo que debía hacer para hacerse él también Salesiano.

Don Rúa le respondió entonces con la carta arriba mencionada, y lo demás... vino por sí solo.

Así entró Anselmo en la pequeña familia del padre Piperni, siendo acogido con un risueño presentimiento. Y añadiremos enseguida que el presentimiento se trocó en feliz realidad, pues el 15 de Agosto del mismo año, Anselmo hizo su profesión religiosa, y trabajó como un buen Salesiano por espacio de cuarenta y un años, bajo la dirección del padre Piperni y del padre Cassini; pasó después a la iglesia del santo Rosario en Port Chester, donde puso término santamente a su vida, empleada entera, como lo había anhelado, en la evangelización de la juventud.

Lo Iglesia del padre Piperni.

Así fué llamada en San Francisco, y más tarde en California entera, la iglesia de San Pedro y San Pablo, la parroquia de los italianos, desde que el padre Piperni le comenzó a imprimir la inconfundible hulla de su actividad.

En aquellos tiempos los italianos llegados a la costa del Pacífico, traían consigo de Italia también las ideas liberales y anticlericales que estaban allá de moda en la segunda mitad del siglo pasado. Estos prejuicios, irritados en el extranjero por las malas condiciones económicas y por el abandono de la vida religiosa, habían impreso en la parroquia de los italianos un carácter marcado de indiferencia religiosa, en medio de la cual, si bien no faltaban los buenos, pululaban los anticlericales apasionados, que, aunque no eran los más numerosos, lo parecían por la ruidosa y vulgar proclamación de su incredulidad.

Para semejantes feligreses, necesitaba el párroco un ejercicio diario de prudencia, de sacrificio, de paciente abnegación, acompañado de una energía vigilante, regida por la dulzura y por el ardor de una caridad a toda prueba.

El estreno

El primer domingo después de su llegada marcó la toma de posesión oficial del difícil campo que le habían destinado la obediencia. Subido al púlpito, anunció a sus feligreses que había venido no

a buscar su dinero, sino a buscar sus almas, y precisamente porque se preocupaba por éstas desde el comienzo de su administración parroquial, dijo que el domingo siguiente comenzaría una misión de quince días, con el fin de encender de nuevo en los corazones de muchos la llama de fe que entonces tal vez languidecía.

La misión comenzó en efecto, y aunque no tuvo un resultado espectacular, tuvo un éxito bastante animador.

Se había lanzado la semilla que produciría futuras cosechas.

El padre Piperni se reveló enseguida, como en realidad lo era, un predicador elocuente, fuerte y persuasivo. La fama de sus dotes oratorias extendiéndose entre los italianos de California, suscitaba la curiosidad, y muchos, atraídos por ésta, franquearon las puertas de la iglesia que nunca, o rarísimas veces habían franqueado. Muchos otros se sintieron más interesados en los asuntos de la religión y poco a poco volvieron a una vida cristiana más ejemplar.

Se notó, en resumen, una mejoría que no llegaba sin embargo a derretir por completo el hielo de la masa, que aún por mucho tiempo siguió profesando indiferencia o el anticlericalismo.

Un diario local llegó a jactarse de ello, respondiendo con énfasis al predicador que la colonia era eminentemente anticlerical.

Con la ayuda de las tinieblas

Para demostrar al padre Piperni esta afirmación, ciertos perdidos desconocidos, sostenidos tal vez por algún bolsillo, aprovechaban de las tinieblas y del silencio de la noche para pegar en la puerta de la iglesia sucias caricaturas del "Asno", un periódico pornográfico y vulgar que la Italia sectaria de entonces, exportaba con generosidad digna de mejor causa, con destino a los italianos que se encontraban del otro lado del océano. Esta proeza la repetían sobre todo en la noche del sábado, para dar facilidad a la población que acudía a las funciones de la parroquia al domingo por la mañana, de admirar aquellas asquerosas exhibiciones de arte progresista. El padre Piperni se levantaba a las tres de la mañana, calentaba en una olla un poco de agua, y con la ayuda de su fiel portero, despegaba de su puerta tales obscenidades, alimentando en su corazón el deseo de oponer un arma a otra, fundando la publicación de una hojita catequística que combatiese tal diabólica propa-

ganda. Su sueño debía llegar a realizarse sólo diecisiete años más tarde, y precisamente el día de Pascua de 1914, con la edición del primer número de su "**Boletín Parroquial**". Ese periódico mensual debía cambiar en 1919 su título por otro, más universal, de "**Mensajero de Don Bosco**" y tener así mayor difusión en el ambiente italiano aún fuera de la parroquia.

Por entonces el padre Piperni no tenía otro camino que aceptar la polémica sobre las páginas de los periódicos locales en contra de sus enemigos, quienes lo desafiaron con descarada petulancia, pero sus vigorosas respuestas eran mutiladas maliciosamente o bien presentadas bajo una luz malvada. Pero la palabra más eficaz, la que no toleraba mutilaciones era la de el ejemplo de su conducta celosa y sin tacha, enmarcada dentro de una pobreza verdaderamente evangélica. Una fabulosa deuda gravaba sobre la Obra desde su principio, y eran sumamente escasas las ayudas de los feligreses. Su Iglesia era pobre y privada de adornos. También pequeña era la casa parroquial, construída como la iglesia de madera. Las hermanas del Sagrado Corazón siempre buenas y generosas, fueron las que primero ayudaron eficazmente a los salesianos, y el padre Piperni les quedó agradecido hasta la muerte.

Estaba además tan despegado de las comodidades y de las cosas de esta tierra, que siempre logró transmitir este espíritu aún a algunas buenas personas de la parroquia, quienes desde entonces ofrecieron gratis sus servicios a la iglesia y a la casa.

Figuran entre ellas numerosos médicos, dentistas, abogados y otros profesionales. El criado Victorio Griffero, se prestaba para todo: aseo, lavado de ropa, sin aceptar nunca el más ligero aumento sobre el modesto salario inicial. Y siempre fué tan afecto a la casa como el más interesado de los Salesianos. El señor Santiago Caprile prestó sus servicios desde las doce hasta la nueve de la noche sin recibir jamás una retribución, por espacio de once años, hasta su muerte.

Esta era la manera más elocuente y práctica para expresar al padre Piperni su veneración y gratitud por el bien que hacía entre sus paisanos.

Carnavales

El anticlericalismo explotado y alimentado por las sectas que dominaban la política italiana, no dejaban pasar las fiestas de su calendario sin or-

ganizar demostraciones públicas que asumían el aspecto de verdaderos carnavales. En el aniversario de la brecha sobre la Puerta Pia, era de rigor reevocar aquel suceso, por obra de algunos fanáticos que, con aparatos de feria, trataban de reproducir, delante de la iglesia del padre Piperni, la escena del asalto de los tiradores de la histórica puerta, con el desfile de Garibaldi y de sus Camisas Rojas.

Otro ruidoso acontecimiento era la conmemoración de Giordano Bruno con discursos altisonantes sobre las expresiones más en boga durante esos tiempos: intolerancia de la Iglesia, emancipación del pensamiento, tiranía de los Papas y otras cosas por el estilo.

El primer domingo de Cuaresma, veía un espectáculo que pasaba deveras el límite de la decencia y de lo tolerable.

Un cortejo enmascarado pasaba gesticulando y vociferando por las calles del barrio latino, con escándalo de los católicos de otras naciones y con deshonor del nombre italiano. Pocos fanáticos desacreditaban de esa manera a todo la feligresía. El padre Piperni, con celo y elocuencia de fuego condenaba aquellas sacrílegas manifestaciones, tomando la palabra en todos las Misas y amonesta-

ba a sus feligreses para que se abstuvieran de ellas e hicieran penitencia por los pecados propios y por los de aquellos inconscientes. Otras veces organizaba triduos en reparación de las blasfemias que habían profanado la parroquia, y abría en los periódicos locales vibrantes contraversias con los cuales polemizaba por propia iniciativa con los adversarios presuntuosos e ignorantes de la historia y de la religión, y era seguido en sus claros y vivos argumentos por toda la población. En 1912 hizo algo más: estimuló al padre Simeoni que había venido de Nueva York para trabajar con él, a que compusiera un opúsculo sobre Giordano Bruno que ilustrase con fiel documentación histórica su vida, sus ideas y sus pretendidos descubrimientos científicos para poner en claro las patrañas propaladas por la prensa anticlerical. El opúsculo fué publicado y difundido más tarde con gran utilidad y resonancia.

Se trabajaba, en resumidas cuentas, a pesar de las estrecheces financieras y de las lágrimas de tan difícil apostolado. Entretanto la Obra ampliaba su campo y desde el año siguiente, al llegar nuevos salesianos, se creyó oportuno y necesario abrir una iglesia sucursal para los Italianos que habitaban demasiado lejos. Surgió así la iglesia del **"Corpus Christi"** que facilitó a muchas almas el contacto

con el sacerdote, exigiendo en cambio mayor esfuerzo de parte de los Salesianos y, más tarde un refuerzo de personal.

Extraños tiroteos

En aquel año había sido constituida canónicamente la primera inspectoría salesiana de los Estados Unidos, con sede en Nueva York. El padre Borghino, nuevo inspector, quiso visitar la primera casa que naciera en su inspectoría y no llegó a San Francisco con las manos vacías, sino en compañía de un grupo de hermanos destinados a compartir el trabajo con el padre Piperni en la vasta palestra de su labor. Así describe aquel encuentro el padre Simeoni, uno de los de la comitiva, que desde aquel día había de quedarse con el padre Piperni casi hasta los últimos años de su vida.

"Tengo tan fresco en mi memoria y guardo aun tan vivo el recuerdo de aquel día, después de cuarenta y dos años, como si fuera algo pasado ayer. Eran precisamente las nueve de la mañana cuando nuestro tren arribó por fin a la estación de Oakland. Nuestro viaje trascontinental desde Nueva York hasta San Francisco había durado ocho

días cabales. El padre Borghino estaba a la cabeza de aquella expedición de la cual formaban parte el padre Andrés Bergeretti, el padre Povan, el padre Galli, el enérgico párroco de varias iglesias y últimamente del Valle en Watsonville, el clérigo José Simeoni y el hermano coadjutor Juan Bovio.

Dicho personal llegó precisamente el 5 de Septiembre de 1902. Fueron recibidos con los brazos abiertos por el padre Piperni, que se encontraba todavía en plena virilidad. El estaba radiante de alegría y entusiasmo por la llegada de nuevos hermanos que venían a trabajar en su campo de labores que todavía atravesaba horas difíciles.

En un breve discurso de bienvenida que les hizo en la mesa dijo: "Mis queridos hermanos, no hay necesidad de ir a China para buscar almas que salvar. Vuestra China está aquí, en San Francisco, sobre la costa de la dorada California. Venid a cuidar las almas de estos italianos y no os turbéis demasiado, si acaso encontráis entre ellos algunos renegados y algunos anticlericales lectores del **Asno**".

"Nos mostró después algunos objetos extraños que había alineado sobre la mesa y nos explicó que

había mostrado, no para asustarnos, y mucho menos para dar muestras de su sangre fría, sino sólo para recomendarnos que no pasásemos por aquella calle a no ser por necesidad".

El nuevo Inspector tuvo entretanto el consuelo de constar que, en pocos años, ya el padre Piperni con los demás hermanos, había recorrido un considerable espacio de camino.

Las obras parroquiales estaban bien organizadas y ya florecían con un animador despertar religioso. La iglesia había sido artísticamente decorada, y junto a ella se levantaban amplias salas para catecismos, círculos juveniles, escuelas nocturnas de lengua inglesa para los emigrados.

Hacia ya un año que se encontraba floreciendo el "Y. M. Salesian Council", una sociedad católica de socorro mutuo, organizada por el hermano Don Redahan, que de un número inicial de treinta y seis jóvenes, debía subir más tarde hasta más de cuatrocientos miembros. También la iglesia sucursal, la del Corpus Christi mucho prometía por el ritmo de su múltiple actividad salesiana, la cual, incrementada con la llegada de los refuerzos para el personal, subía de tono, y dejaba entrever un luminoso porvenir. Así se llegó al 1903, portador para San Francisco de una gran alegría y también de un gran dolor.



FIESTAS Y LUTOS

Un vivo regocijo invadió la casa de San Francisco a la llegada del padre Albera, que visitaba las casas de América como representante del Rector Mayor, don Miguel Rúa. El amable y simpatiquísimo Superior, vió con gran consuelo suyo el panorama formado por el bien hecho y el que los salesianos se aprestaban a hacer. Tuvo para ellos palabras de aliento, participó en las solemnes funciones efectuadas en la parroquia y después continuó su viaje, pues era esperado por las otras comunidades del continente. Fué un oasis de fiesta salesiana en medio del trabajo febril de aquellos días. Los salesianos encontraron en él, el corazón paternal de

Don Bosco y de sus labios escucharon las noticias consoladores de los salesianos de Turín y de todo el mundo.

Lástima que poco después llegó de Italia una noticia muy dolorosa, que conmovió al mundo entero. Había muerto el Sumo Pontífice León XIII.

Cuando aquel memorable 20 de Julio llegó a San Francisco el fúnebre anuncio, el padre Piperni se puso inmediatamente a preparar solemnes honras fúnebres en sufragio del alma del insigne **exinto**. Quería que las funciones, además de su fin específico, resultaran también una exaltación del Pontificado Romano, tan dignamente representado por aquel gran Papa. Hizo estampar millares de hojas volantes que los fieles monaguillos de la parroquia se encargaron de distribuir a todas las familias, y el día fijado, ante una inmensa multitud, él mismo celebró la Misa de Requiem e hizo el elogio después del Oficio.

Se preparó con especial esmero, levantándose varios días a las dos de la mañana para poder dedicarse a eso sin interrumpir sus actividades acostumbradas, y su oración fúnebre resultó digna del argumento y del amor que profesaba al Sumo Pontífice. Se constató que su palabra, de un calor y de una eficacia excepcional, produjo benéficos efectos

sobre varias personas que, poco observantes, se sintieron sacudidas y arrastradas hacia la iglesia y a llevar un vida más cristiana.

No menos grande se mostró su amor al Papa cuando fué elevada a la cátedra de Pedro la dulce figura de Pio X. Por todo el resto de su vida tuvo el padre Piperni particular veneración hacia este Pontífice.

—¡Era párroco como yo —solía decir— y con todo llegó a ser santo! —Es necesario aclarar que su admiración no consistió sólo en un estéril movimiento de su espíritu, sino que llegó a imitar tan bien las virtudes características de este Pontífice: celo, caridad, franqueza, y todo aquello condimentado con una humildad jovial que le ganó aún los corazones más esquivos y separados de sus convicciones religiosas.

Y cuando después eran falseadas o burladas por la prensa anticlerical las acciones o disposiciones del manso Pontífice, él empuñaba la pluma y con un vigor y una elocuencia del todo irresistible refutaba las viles insinuaciones. Esto sucedió sobre todo en 1910, cuando el ex-presidente Teodoro Roosevelt fué a Roma. Siendo entonces un ciudadano privado, quiso visitar también al Papa durante una visita oficial que hizo a la capital italiana, pe-

ro no se quiso someter a la etiqueta prescrita por la Secretaría de Estado que exigía una particularidad al parecer insignificante, pero de la cual la Santa Sede, no admitía excepción de ninguna especie. Se reducía, en fin de cuentas, a que el ex-presidente partiese directamente de la Embajada Americana y ésto por las condiciones de las relaciones de aquel entonces con el Estado italiano. Al rehusar Roosevelt, por un capricho de independencia diplomática, no se le concedió la audiencia. En esto se basó el clamor de la prensa anticlerical que, en el Diario "Italia" se entregó a un lenguaje irreverente con la pretensión de denunciar y reprobar la intransigencia y mezquindad del dulce Pontífice.

El padre Piperni, respondiendo con vigor, mas con tranquila dignidad sobre el mismo diario, se ganó la aprobación y el asentimiento de todas las personas serias.

El mismo diario volvió a tenerlo por adversario cuando en sus columnas apareció un virulento artículo que imputaba a la iglesia el uso de una doble medida en materia de indisolubilidad matrimonial, estableciendo parangones entre las dispensas negadas a los pobres y el divorcio concedido a los ricos y potentados, como a Napoleón I.

Buen trabajo costó al padre Piperni desenmas-

carar la ignorancia de los cánones y de la historia de parte del articulista, y poner en luz y reconstruir la verdad de los acontecimientos. De este modo el argumento nos ha llevado a tratar de las más importantes controversias periodísticas sostenidas por el padre Piperni, que tuvieron lugar del 1910 en adelante. Pero antes de estas santas y victoriosas batallas, un cruel y terrible acontecimiento paralizó por un instante la alegre actividad de los salesianos en San Francisco, haciendo trágicamente memorable el año de 1906.

La prueba del fuego

¡Fué trágica para San Francisco la fiesta de Pascua de 1906!

Destruída por un pavoroso terremoto, la Reina del Pacífico, a consecuencia de éste fué presa de un furioso incendio que destruyó gran parte de la ciudad. Las llamas comenzaron a serpentear por la metrópoli el 18 de Abril, tres días después de Pascua, y el 20 de Abril se desplomaban destruídas la casa salesiana y la iglesia de San Pedro y San Pablo. Todo el barrio italiano quedó arrasado, una nube de humo se extendía sobre la inmensa ruina y una

nube de indecible desaliento pesaba sobre el alma de los habitantes, reducidos a la miseria. En aquella crítica situación se manifestaron más heroicos que nunca el espíritu de sacrificio y la caridad del padre Piperni. Olvidándose de sí mismo corrió entre sus parroquianos heridos por el enorme desastre haciéndose todo para todos y prodigándose en la medida de lo posible y de lo imposible para llevar un lenitivo a sus dolores.

Después comenzó a pensar en sus almas. La iglesia ya no existía. Una vez que se acomodó como le fué posible lo más rápido que pudo bajo tiendas de campaña, alquiló un enorme cobertizo de carros, lo hizo limpiar, le mandó poner ventanas, levantó un altar y allí celebró por dos meses la Misa de los domingos, hasta que logró construir una iglesia provisional donde se levantaba la antigua.

Mas la parroquia iba transformándose radicalmente. Muchos italianos volvieron a construir su casa en el antiguo barrio, pero los de mejor posición prefirieron transportar su residencia para sitios más lejanos de la ciudad o en distintos sitios, del otro lado de la bahía.

Después de volver a adaptar, del mejor modo

posible, la iglesia provisional, urgía la necesidad de reconstruir las obras organizadas con tanta paciencia antes del desastre. Salones para clases, la Sociedad de socorro mutuo, la Sociedad Católica Femenina, la Sociedad del Santo Nombre, todo se volvió a levantar, y la vida retornó con renovado ardor, sostenida y guiada por la incansable energía del padre Piperni.

En Pascua de 1908 estaba en grado de dar una consoladora noticia a sus parroquianos. El arzobispo había adquirido un vasto terreno en un hermoso sitio con vista al Washington Square, no muy lejos de la antigua iglesia italiana, y lo ofrecía a los Salesianos para que allí construyeran un nuevo y monumental templo.

La idea, era de veras sugestiva, mas, ¿cómo realizarla en la difícil situación en que se encontraban, después del incendio, tanto el párroco como los parroquianos? El padre Piperni, con su luminosa mirada, aseguraba: "La iglesia se hará. ¡La Providencia hará milagros! ¡Ya veréis! ¡Ya veréis!

Y el primer milagro se vió el 20 de Diciembre de 1914, cuando la cripta, construída en la base del majestuoso edificio, estuvo en condiciones de ser bendecida y abierta al público.

Ofició Mons. Hanna, obispo auxiliar, en sustitución de Mons. Riordan, afectado en aquellos días por la enfermedad que poco después debía llevarlo a la tumba.

El celoso arzobispo no pudo ver, cómo habrían sido sus deseos, el cumplimiento de su generosa voluntad, la cual debía tener su realización sólo diez años más tarde, cuando la catedral de los italianos, en la grandiosa elegancia de sus líneas arquitectónicas, habría de ser consagrada por su sucesor, el mismo Mons. Hanna que ahora bendecía la cripta.

Una ojeada a la crónica

Pasan los años y la fervorosa renovación moral corre pareja con el trabajo de los arquitectos que preparan los planos de la futura catedral de los italianos.

La crónica registra con premuroso laconismo las fechas más notables.

En 1913 viene de Turín el padre Ricaldone como representante del nuevo Rector Mayor don Pablo Albera para visitar a los lejanos hijos de Cali-

fornia. Tiene palabras de aliento, y erige oficialmente en la parroquia la Sociedad del Santo Nombre, que tendría próspera vitalidad.

En Mayo de 1915 se celebra con toda solemnidad el doble centenario de la institución de la fiesta de María Auxiliadora y del nacimiento del venerable fundador Juan Bosco. Preside los festejos, Mons. Hanna, nombrado en aquellos días Arzobispo de San Francisco. El mismo año se celebran otras dos funciones solemnes para implorar del Señor la victoria de las armas italianas y en sufragio del alma de los que sucumbieron en la gran guerra.

El domingo 12 de Diciembre el Arzobispo bendice el magnífico órgano tubular de la nueva iglesia.

En Mayo de 1914 se funda la Unión de las Madres Cristianas de Santa Ana, que comienza con 120 socias, para llegar después hasta novecientas.

En octubre del mismo año se vuelve a abrir, después de diez años de clausura forzosa, la clase de inglés para los emigrantes italianos.

En Abril de 1917 el "Club Profesional de Mujeres Católicas", es decir un grupo organizado de mujeres católicas, funda la sección femenina de la clase de inglés en las aulas de la parroquia a

beneficio de las buenas madres del barrio italiano. Próvida institución, que provee a una necesidad sentida de modo particular por aquellas pobres mujeres, que venidas a América sin conocer una palabra de su difícil idioma, se encuentran en posición muy incómoda entre las relaciones más comunes con los negocios y las personas de la ciudad. La clase, desde sus principios cuenta una concurrencia numerosa y ha obtenido inesperados progresos.





El jubileo sacerdotal del P. Piperni

El 20 de Mayo de 1917 marca una etapa gloriosa en la larga vida del padre Piperni. Aquel día celebraba él su 50o. aniversario de ordenación sacerdotal, y todo San Francisco se unía a los festejos organizados por el barrio italiano con el fin de dar al acontecimiento el carácter de un homenaje unánime al valiente pionero de la Obra Salesiana.

Se construyó un Comité, honrado por la presidencia honoraria del arzobispo Mons. Eduardo Hanna, del Cónsul General de Italia y de otras autoridades, mientras numerosos amigos, y bien-

hechores se encargaron de la organización práctica de los festejos.

Ilustraba el fausto acontecimiento la siguiente inscripción colocada sobre el portal de la cripta:

A ti

Inclito Pastor

de la Iglesia de S. Pedro y S. Pablo

Padre RAFAEL PIPERNI

que brillas cual astro refulgente
en la Iglesia de Dios

cargado con el apostolado fecundo
de medio siglo de sacerdote
tu amado pueblo

junto con tus Superiores, hermanos y amigos
en el gran día de tu

MISA DE ORO

te augura exultante
nuevos y gloriosos triunfos
en provecho de la religión y de la humanidad

Para esta ocasión se redactó un elegante y variado número único, que recogió las adhesiones de ilustres personajes, y en primer lugar la del veneradísimo pastor de la Arquidiócesis, que le comunicaba la condecoración "Pro Ecclesia et Pontifice", concedida por el Sumo Pontífice Benedicto XV.

En seguida la del Delegado Apostólico Mons Bonzano, la del Rector Mayor don Albera, la del Inspector Salesiano de los Estados Unidos el padre Ernesto Coppo y la de la presidencia del Consejo Salesiano Y. M., con doscientos cincuenta inscritos.

La prensa italiana colaboró con un bello artículo del ingeniero Héctor Patrizi, director del periódico "Italia" con el que el Padre Piperni tantas veces había cruzado el arma de la dialéctica y que ahora se unía al aplauso universal tributado al sacerdote que tan dignamente había honrado la Iglesia, y a Italia en cincuenta años de ministerio.

La página que exponía las virtudes civiles y religiosas del festejado terminaban con estas significativas palabras: "Tal es el hombre que en estos días es honrado por los propios hermanos de fe y de misión y por tantos compaisanos de toda clase y condición de nuestra colonia. Y yo, liberal, libre

pensador y "casi socialista" siento una íntima satisfacción por haber contribuído modestamente a estas alabanzas en su honor con palabras que espontáneamente me han brotado del corazón".

Aquel día la humilde cripta de la iglesia en construcción pudo contemplar una función de belleza y grandiosidad excepcional.

El arzobispo se dignó asistir pontificalmente a la misa de oro que celebró el P. Piperni revestido de espléndidos y preciosos ornamentos regalados por la cofradía de Santa Ana, asistido por los hermanos que en las horas de fatiga y sufrimiento habían estado a su lado.

Esplendor de ritos, maestría de cantos y sonidos, fluída y conmovida elocuencia del orador, el padre Simeoni, una conmovida muchedumbre de pueblo y sobre todo, delante de los ojos del venerado padre, los frutos vivientes de su largo trabajo: un barrio transformado, las filas imponentes y compactas de las organizaciones creadas y llevadas a un soberbio conjunto, una vibrante atmósfera de espiritual concordia, en la cual se extendieron con inflexiones que transparentaban la conmoción interna, las palabras del festejado, himno de vibrante agradecimiento a Dios y a los hijos, por el consuelo que le habían procurado en aquella inolvidable circunstancia.

"La espontánea y general demostración de afecto cristiano con que habéis asistido a la función, —concluía el padre Piperni— sea ante todo una prenda de la general veneración debida al sacerdocio..... y en segundo lugar una muestra de aquella unión de corazones y de fuerzas que es tan necesaria para llevar a término la construcción de nuestra iglesia, que permanecerá como monumento de nuestra fe, preciosa herencia que dejaremos a nuestros descendientes. ¡Dios bendiga mis votos!"

Sin detenerse

¡La Iglesia! ¡La bella construcción que el arquitecto Fantoni había diseñado y que sonreía a la amorosa fantasía del párroco y de los parroquianos que debía surgir desde las bases de la cripta, y lanzarse al cielo con la audacia de sus torres y pináculos! ¿Para cuándo la inauguración? Los corazones se apresuraban, pero los gastos retardaban el animoso paso.

Entretanto el año de 1918 se inauguraba la nueva casa parroquial construída junto a la iglesia y casa parroquial de Grant Ave para alojar allí

la sede de las asociaciones juveniles. Palestras gimnásticas, amplias salas para escuelas y reuniones, nada se descuidó de cuanto pudiese atraer la juventud siguiendo el método paterno de Don Bosco.

Palestra de caridad

Pero aquellos locales sirvieron como palestra de la caridad cristiana al estallar la epidemia de influenza que atacó a San Francisco el año 1918.

Significativo es el artículo del diario "Italia" del 10 de Noviembre de 1918:

"Es doloroso —así escribe el autor del artículo— verse en la necesidad de notar cómo en una colonia generosa en su mayor parte liberal como es la nuestra, ninguna institución laica, ninguna de nuestras instituciones, ningún grupo de privados se ha abierto paso para ayudar a los coterráneos atacados de influenza.

"Por deber de justicia hemos de reconocer que, apenas comenzó a propogarse la epidemia, los padres Salesianos, abrieron en su casa parroquial un puesto de asistencia, como ramo de la Cruz Roja, en favor de los italianos".

La amarga constatación del diario liberal y el leal reconocimiento del trabajo desplegado por los Salesianos, se explica cuando se piensa que en los momentos de sacrificio, el primer puesto de combate está reservado, más que a las ideologías políticas o sociales, a la fe y a la caridad cristiana, la cual llega a verdaderos prodigios cuando anima un corazón generoso como el del padre Piperni.

Crónica serena.

Pero también la epidemia pasó y la cripta del padre Piperni contempló espectáculos más serenos y alegres. Al fin de aquel año se celebraron dos importantes funciones conmemorativas: una por la conclusión de la gran guerra y la otra en sufragio de todos los soldados que en ella encontraron la muerte.

Tomaron parte las autoridades civiles y militares, la tropa marítima y la de tierra, los cónsules aliados y una inmensa muchedumbre.

El domingo 25 de Marzo de 1919 Mons. José Glass obispo de Salt Lake City, coronaba solemnemente la estatua de María Auxiliadora, conforme

a un decreto episcopal, cumpliéndose así un voto desde tanto tiempo auspiciado.

Seguía en Octubre la celebración del aniversario del descubrimiento de América, que por primera vez, tuvo allí una manifestación solemne de italidad católica, recordando al gran Cristóbal Colón, cuya gesta gloriosa será tallada en los artísticos mosaicos que decorarán la fachada de la nueva iglesia, junto con la de Dante Alighieri.

La piedra angular.

Tres años después, en la misma circunstancia, o sea en las fiestas anuales en honor de Colón, el Sr. Arzobispo procedía a la bendición de la piedra angular del nuevo templo, con la celebración de la Sta. Misa al descubierto, oficiando Mons. Guillermo Piani, salesiano, Delegado Apostólico en las Filipinas, que en aquellos días iba de paso para su nueva sede. Pocos meses antes cuando los Salesianos celebraban las Bodas de Plata de su llegada a los Estados Unidos, el Arzobispo firmaba el primer contrato para la erección de la estructura de hierro de la parte superior de la iglesia y el em-

bajador italiano en Washington, Rolando Ricci, participó en la bendición de los trabajos, remachando él mismo el primer clavo puesto al rojo de la imponente estructura metálica.

Hubo otras visitas en el siguiente año de 1923: el padre Conelli visitó la obra como representante del nuevo Rector Mayor don Felipe Rinaldi y en el día de la fiesta patronal de San Pedro y San Pablo, Mons. Coppo que de Inspector de los Estados Unidos había sido elevado a la dignidad episcopal, destinado a Kimberley como Vicario Apostólico, ordenó en la cripta al Salesiano padre Tomás de Matei, primicia sacerdotal de los monaguillos del padre Piperni.

Y no fué el único sacerdote salido de la casa salesiana de San Francisco. Entre otros el padre Piperni educó para la Congregación y para la iglesia, al padre Luis Galli, al padre Juan Setaro, al padre Rinaldo y al padre Eduardo De Martini.

El año 1923 transcurre entre el febril trabajo de las obras que están por ultimar la iglesia. Día tras día se levanta prisionera de las armazones, revisite sus líneas, se perfila a las miradas ansiosas y alegres como una realidad que surge de entre las nebulosidades del sueño. Al fin caen los entablados, y fulgura la luminosa realidad, al sol primaveral,

en el candor de los mármoles recientemente colocados, bella y consoladora como una meta alcanzada después de largos y tenaces sacrificios.







La catedral de los italianos.



EL GRAN RESURGIMIENTO.

27 de Marzo de 1924. Fecha gloriosa para los salesianos y los italianos de San Francisco. Comienzan las grandiosas fiestas que durante siete días acompañarán la consagración e inauguración del nuevo templo, que la voz popular ya define: "La Catedral de los Italianos".

Es digna de este nombre, sea porque ha surgido debido al efecto y la colaboración de todos los italianos residentes en la vasta metrópoli del Pacífico, sea por la majestuosa imponentia de las proporciones y de las líneas, que irguiéndose delante de un espacioso jardín, la convierten en una de las más nobles iglesias de la ciudad.

El arquitecto Fantoni se ha inspirado en los cánones del estilo románico, expresión de pura italianidad, a través de las justas proporciones y el estudiado equilibrio de las masas, afirmada genialmente en la fachada en terracota, con los dos grandiosos mosaicos colocados a los lados del portón majestuoso, representando las dos glorias italianas más significativas: Cristóbal Colón, en acto de desembarcar en suelo americano, y Dante Alighieri mientras escribe los primeros versos del "Paraíso".

Dos grandes torres laterales sostienen los dos campanarios que audazmente se alzan en alto para terminar con dos elegantes obeliscos octagonales de cuyas cúpulas se podrá abrazar con la vista toda San Francisco, extendida a lo largo de la encantadora bahía.

Aun no se han ultimado todos los particulares del diseño, pero la iglesia ya puede abrir sus vastas naves al cortejo que acompaña al arzobispo en el solemne rito de la consagración y después al pueblo que las invadirá, desbordándose aún fuera del amplio portal para levantar a Dios el himno de agradecimiento por largo tiempo contenido en el fondo del alma.

Para el feliz éxito de los festejos se constituyó

una comisión, se organizó un programa de celebraciones civiles y religiosas y se publicó un decoroso número único, rico en ilustraciones, conteniendo las felicitaciones de autoridades y de grandes personajes.

El Sumo Pontífice, Pío XI, tiene en él el primer lugar, con su mensaje de bendición transmitido por el Secretario de Estado, Cardenal Gasparri. Sigue el del Delegado Apostólico, Mons. Fumasoni-Biondi, del Gobierno italiano, una afectuosa carta del Cardenal Cagliero, del arzobispo diocesano, del Rector Mayor don Felipe Rinaldi, y finalmente un reconocimiento del Gobierno Italiano al artífice principal de la empresa festejada: el nombramiento de Caballero de la Corona de Italia, notificando al padre Piperni por el cónsul general Siciliami.

Las insignias de la condecoración fueron consignadas al venerando sacerdote durante el concierto sacro organizado por la comisión la tarde del 27 de Marzo.

Pero la jornada más importante, fué la del 30 de Marzo, que vió la inauguración del nuevo templo y que el periodista del "Italia" describe de esta manera en el número del 31 de Marzo:

"A las diez a.m., las vastas naves de la nueva iglesia italiana de San Pedro y San Pablo estaban

ya ocupadas por un distinguido grupo de italianos, acudidos para asistir a la gran ceremonia de la dedicación.

"Antes que comience la función demos una ojeada al templo. La impresión que se recibe es profunda: luz, candor de mármoles y estucados, líneas simples y severas, todo inspira elevación y recogimiento.

"La iglesia no está terminada aún, es cierto, mas desde este momento se puede asegurar que será también un monumento digno del arte italiano. En la calle miles y miles de personas que no pueden entrar asisten a la parte de ceremonia que se efectúa al descubrimiento, o sea, a la formación del largo e imponente cortejo de Sacerdotes y clérigos cerrado por el Arzobispo E. Y. Hanna en hábitos pontificales y por el grupo de preladados mayores.

"En el cortejo que entra en la iglesia mientras el órgano y el coro dejan escapar armoniosas y vibrantes las primeras notas de la Misa del Cardenal Cagliero, notamos con viva conmoción, la bandera italiana llevada por un grupo de ex-combatientes italianos, y la americana llevada por ex-combatientes americanos, todos uniformados.

"La función se desarrolla con toda su imponente

cia, con aquella pompa que es característica del rito católico.

“La iglesia poco a poco se ha ido llenando hasta el último rincón, pero merced a un espléndido servicio prestado por veinticinco miembros del consejo salesiano que están encargados del orden, todo se desarrolla en el más perfecto orden y en el máximo silencio. La misa “Santa Cecilia” del Card. Cagliari, a cuatro veces, acompañada por el órgano y la orquesta se ejecuta magistralmente bajo la dirección del Prof. Ubaldo Mazzetti. Tocaba el órgano la Srta. Graciela Compagno y dirigía la orquesta el óptimo violinista, Prof. R. Laaraia.

“El padre R. Simeoni, subió al púlpito y pronunció el discurso de ocasión. El excelente sacerdote, más que un discurso entonó un himno conmovedor, entusiasta al nuevo templo, demostrando poseer una profunda doctrina y una facilidad de palabra de experto orador.

“También el Arzobispo Mons. Hanna habló brevemente bendiciendo la iglesia entre la conmoción de la muchedumbre. Entre los presentes a la sagrada función que, como hemos dicho ayer, además de ser una alta obra de fe, es también una obra de italianidad, se hallaba presente nuestro cónsul general, V. Ciciliani, encargado telegráfica-

mente por el Jefe de Gobierno, para representarlo y expresar al padre Piperni y a los salesianos sus congratulaciones y augurios.

“La flor y nata de nuestra colonia estaba allí. Muchos que habrían querido entrar no han podido, es cierto, pero la iglesia no podía contenerlos a todos y en semejante circunstancia los organizadores de la ceremonia han creído oportuno el satisfacer primero a los que tanto han contribuído materialmente a la erección del grandioso edificio.

“Por la tarde no fué menos el ir y venir de personas que visitaron el templo y los locales anexos, admirando todas las comodidades y bellezas que contiene.

“El P. Piperni humilde y bueno como siempre recibió una infinidad de congratulaciones bien merecidas, y con él los otros sacerdotes a cuya constancia y trabajo se debe sobre todo si la iglesia es hoy una realidad”.

Desde aquellos días la bella iglesia de los italianos inició su nueva vida parroquial con que la había dotado el arte. Bellas funciones, imponentes festividades, incremento organizador, mayor radio de difusión espiritual, mayor prestigio a los ojos de toda la ciudad... Permaneció siempre sobre los labios del pueblo con el nombre que se le había

dado desde los comienzos: "la iglesia del P. Piper-
ni".

"¡Non praevalerunt!"

Tanta floración de bien y una tan prometedora siega de mies debía haber irritado al espíritu del mal, que urdió una diabólica red de insidias para destruir la obra de los siervos del Señor.

Necia y vana pretensión que Jesús ha arrasado con una palabra de eterna actualidad: *Portae inferi non praevalerunt*. ¡Las potencias del infierno no tendrán el triunfo.

Pero he aquí la crónica de los criminales atentados, que nosotros reproducimos en su versión lacónica y oficial sacada de los archivos de la iglesia.

30 de enero de 1926

Atentado con dinamita. En la noche del sábado 30 al domingo siguiente a las 11 se ha hecho estallar una bomba por desconocidos, en la casa del campesino Brant, directamente detrás del abside de

la iglesia. Daños de poca importancia. No hay víctimas. La policía indaga pero sin resultado.

9 de marzo

Un segundo atentado con dinamita. Se ha perpetrado para dañar a nuestra iglesia a las 3.30 a. m. Esta vez se ha hecho estallar la bomba delante del portalón central de la iglesia. Daños graves con rotura de todos los mármoles que cubren la entrada principal. No se encuentran los culpables. Se ofrecen 1,000 dólares por la captura de éstos.

29 de octubre

Nuestra iglesia es víctima de un tercer atentado con explosivos al frente y en los vestíbulos. Perjuicios materiales: 2,000 dólares. La policía indaga mas sin resultado.

9 de enero de 1927

Cuarto atentado con explosivos a nuestra iglesia. Daños graves; el peristilo de la iglesia se hun-

de en el salón de abajo. Perjuicio: 10,000 dólares. La policía no sabe resolver el caso. Por lo cual hace vigilar día y noche la iglesia.

6 de marzo

Quinto atentado con explosivos a la iglesia. Hacia las 4.15 a. m. un individuo sospechoso se acerca a nuestra iglesia. Lo descubren los oficiales de policía que están continuamente en acecho desde el último atentado. Depone junto al portón central de la iglesia una bomba cargada con 26 cartuchos de dinamita. Los policías esperan que encienda la mecha antes de entrar en acción. Apenas la enciende se le intima el alto. Como no responde se le da muerte sobre el mismo lugar. Otro cómplice suyo resulta herido y más tarde muere en el hospital sin revelar su identidad. Entre tanto un detective apaga la mecha. En todo este trabajo se distingue el policía de origen italiano sargento Luis de Matei.

Después de la prueba del fuego la iglesia del P. Piperni ha sufrido la de las bombas. Pero ha nacido de buena sangre, y no teme ni la furia de los elementos ni a la maldad de los hombres. Descansa en la protección de Dios.



¡ V I B R A D , C A M P A N A S !

La oleada armoniosa que nos ha acogido desde el principio de estas páginas, se difunde como resplandor de luz sonora desde las torres del templo, tres años después de las peripecias antes narradas. Su primer canto de gloria ha saludado la misa de diamante del P. Piperni. En su voz fresca y vibrante está la voz de una generación que, conmovida, sigue al Pastor hasta la última grada de la meta cuya ascensión Dios se ha dignado concederle.

Recibe el homenaje de voces cercanas y de voces lejanas. Entre éstas le llega de Turín un pequeño poema rebotante de alegría. El venerando

poeta lírico de la familia salesiana, el octogenario Don Francesia, le envía como regalo un ramillete de sextillas que exhalan el simpático perfume de la familia de Don Bosco y que nosotros hemos traducido así:

Al queridísimo PADRE PIPERNI
en su Misa de DIAMANTE.

¡A Turín ha llegado la noticia
que de diamante celebráis las bodas!
Esto de alegría nos llena el alma
y esperar nos hace nueva palma,
y que podréis vivir por largos años
sin probar del mundo los engaños.

De vos recordamos la fe viva,
la vida humilde pasada en el trabajo,
del espíritu de Don Bosco heredero
en vos su vida brilla cual lucero:
pues vuestro celo imita su ardua vida
y vuestra obra no puede ser medida.
A Belén primero vais por Jesús niño,
a Bélgica después pidiendo ayuda:
a vuestra fácil palabra de amor llena

nadie rehusa su limosna plena;
y como riachuelo que abundante corre,
cada ciudad vuestra necesidad socorre.

¡En México! ¡Y quién podrá contar
los viajes, los sermones, los trabajos?

Aquí levantáis un oratorio y un altar,
allí un hospicio, un colegio, un hogar.

Padre Piperni: ¿cuándo en descansar tú piensas?

Trabajar y orar tú sólo intentas.

Y es por eso porque nunca mueres,
porque siempre con ardor trabajas:
tiempo no tienes para pensar en penas
ni, fuera de Dios, te ligan más cadenas.

Después de las bodas de oro y de diamante
sólo en Dios piensas y dices: ¡Adelante!

Desde Turín hoy con placer envía
estos saludos humildes mi poesía.

No sé si os llegarán y cuándo
mis deseos, mi parabién que os mando.

Aceptad este augurio que os ofrece
el viejo Turín que no fenece.

Me cuentan que bombardearos ya quisieron
y sólo un milagro os ha salvado:

os salve vuestro ángel tutelar,
y después de mil años muy felices
iréis con Dios a la patria celestial.

Sereno crepúsculo.

El poeta amigo que tan exactamente había sintetizado la actividad mundial del misionero de los tres continentes, no fué profeta al fijarle con su afectuosa frase de augurio, más de cien años antes de recibir el premio eterno.

El Padre Piperni después de las bodas de diamante, advirtió que una iglesia joven, bella y dinámica como había llegado a ser la suya, necesitaba un pastor más vigoroso y activo de cuanto le permitían serlo sus ochenta y tres años.

Y cedió su puesto al Padre Trinchieri, pidiendo humildemente a los Superiores permiso para retirarse a un ambiente tal que le permitiese prepararse convenientemente al gran viaje.

Le fué concedido y lo recibieron como a una vieja pero gloriosa bandera en la casa de formación de Richmond, a poca distancia de la ciudad.

Allí, en medio de los jóvenes retoños del jardín

salesiano pasó los tres años de vida que aun le quedaban, rezando, confesando a sus jóvenes penitentes, y confortándose al contemplar el panorama de bien que llenaba su pasado.

Sobre su escritorio, junto a una estatuita de Pio X, su simpático protector y modelo, había colocado una máxima de San Ambrosio: "Mori non timeo, quia habeo bonum Iudicem." "No tengo miedo a la muerte pues me espera un bondadoso Juez". Tenía razón de decir así, recordando la gran actividad que había desempeñado en el campo del celeste agricultor.

Lejano con el cuerpo, estaba empero muy cerca de su iglesia con el corazón, siguiendo la industriosa obra de su sucesor, el padre José Galli, entregado a la dura tarea de extinguir la deuda de la construcción, meta fatigosa y paciente, alcanzada pocos años después por el padre José Costanzi, actual párroco de la iglesia de los italianos.

La linfa vital.

El padre Piperni fué un trabajador incansable, tenaz y resistente a cualquier clase de obstáculos, sea de índole física como de orden moral. Un atle-

ta de talla. Su robustez física, la resistencia a la fatiga, el carácter indomable, su corazón ardiente de meridional, pueden explicar la labor que llevó a término, pero no bastan para explicar el éxito de sus fatigas, aquel éxito que no está ligado a la presencia material del atleta, sino que se delinea y se extiende más allá de sus actividades, de sus intenciones y aún de sus alcances, llegando a tener proporciones inesperadas.

La laboriosidad del padre Piperni en vida, y especialmente después de su muerte, hizo reconocer en él al salvador de la fe de los italianos en California y al operario de vanguardia de la Obra Salesiana en el Oeste, donde, de la modesta iglesia que él encontró a su llegada a San Francisco, la Obra se había difundido ya desde su llegada, hasta justificar la erección de la Inspectoría Californiana, que hoy cuenta con siete casas, tres de las cuales, en la sola ciudad de S. Francisco.

¿Cuál es el secreto de éxito tan grande? Es simple, de una simplicidad evangélica. Fecundizó el trabajo del padre Piperni aquella linfa abundante y escondida que es la espiritualidad, que se manifestaba en él por una profunda y asidua piedad.

Mucho ha trabajado el santo sacerdote, pero

mucho más ha rezado. Y la oración es lo que distingue la actividad que culmina en éxitos efímeros, de la otra clase de actividad que desplegó el padre Piperni sin llegar a avalorar toda la amplitud de su éxito.

Hombre de oración.

Muchos en la historia fueron hombres de acción. Mas no todos fueron capaces de hacer que les sobreviviera aquella actividad febril que los tuvo agitados durante toda su vida. Tal suerte ha cabido sólomente a aquellos hombres de acción que fueron al mismo tiempo hombres de oración. Y uno de tales hombres fué el padre Piperni, a juicio de quien convivió con él por mucho tiempo.

"Cuando el despertador lo llamaba a las cuatro de la mañana —asegura el padre Simeoni— se le podía escuchar recitando jaculatorias en alta voz. En verdad se le podía aplicar el dicho del salmista: "Deus, Deus meus, a de luce vigilo". "Dios mío, tengo en tí mi mirada desde el amanecer"; y su espíritu de oración continuaba hasta las últimas acciones de su larga jornada, hasta que se adormecía "Sub umbra alarum tuarum" "A la sombra de tus alas".

"Desde que se levantaba, seguía rezando hasta las seis, hora en que iba a la iglesia a su meditación con el reducido grupo de sus hermanos. Después se encerraba en el confesonario donde permanecía largas horas a disposición de sus penitentes. En los raros intervalos se le podía escuchar rezando el santo rosario.

Dios sólo sabe cuántos recitaría al día.

Sus grandes devociones: la Eucaristía, la Pasión de Jesús, el Sagrado Corazón, la Santísima Virgen. Estas eran las que aconsejaba en el confesonario y más de manifiesto en la predicación, el ministerio más adaptado a su temperamento y que jamás abandonó, ni siquiera en edad avanzada.

"Son indelebles las impresiones que experimentamos nosotros escuchando sus sermones los viernes de Cuaresma y sobre todo el Viernes de pasión. Llegaba a tal grado de conmoción que no podía pronunciar palabra, mientras los fieles no eran capaces de contener su copioso llanto.

"Y dedicaba largas horas de preparación a la predicación, fiel a una máxima que solía repetir a sus jóvenes sacerdotes: "El sermón que mayor efecto produce es el que ha sido mejor preparado".

El sello del gran Rey.

Otra manifestación de la espiritualidad en el trabajo fué su caridad que él demostró hacia todos, especialmente hacia los más pobres de su parroquia. La caridad es algo que se puede definir como un punto débil o, mejor, la virtud en que de verdad era un príncipe. No conocía límites, aun cuando hubo quien abusó de esa debilidad suya. No se desconcertaba por esto. El daba por amor de Dios y no buscaba otra cosa.

Regalos que le ofrecían para su uso personal, iban a parar en manos del primer pobre que tocaba a su puerta. Una viuda en desesperada miseria con niños aun chicos, fué socorrida por su generosidad. La proveyó de leche, le pagó la pensión, no le dejó faltar el pan: todo con suma delicadeza y cordialidad.

En ocasión de las navidades solía enviar una carta a todos los pudientes de la colonia, rogándoles le mandasen cuanto pudiese servir para aliviar la miseria de las familias pobres y regocijarles su Navidad con un rayo de alegría; y para que la beneficencia le resultase más constante y metódica, había organizado un grupo de señoras denominado "Damas de la Caridad", que visitaban las familias más necesitadas, derramando los dones de

una materna y benéfica asistencia. Aquellas buenas señoras, inflamadas en el fuego de su caridad en las reuniones que semanalmente tenían bajo su presidencia, hicieron un gran bien, practicando las obras de misericordia espiritual y material en favor de los pobres y enfermos.

Este fué el secreto que hizo afluir a sus manos extendidas para mendigar en favor de las obras de Dios, por toda su vida, aquellas sumas considerables que, a los ojos de los profanos, le permitieron llevar a cabo verdaderos prodigios.

“Dad y se os dará” es la fórmula infalible de Jesús y la caridad es en verdad el sello del gran Rey en las obras de los hombres.

Sello que le abrió no sólo las bolsas de los ricos, sino también los corazones de los mismos anticlericales. Se tiene un testimonio de ello en el plebiscito de alabanzas con que publicaciones de todo color rodearon su figura de sacerdote caritativo en los momentos más solemnes de su exaltación.

Los italianos, que desde San Francisco se esparcieron por toda California llevaron a todas partes el nombre y el elogio del padre Piperni, cuya caridad ellos habían experimentado. Y no fueron pocos, pues no sólo acudió a su lado en la parroquia de San Pedro y San Pablo, sino también en

la de Corpus Christi, a donde todos los domingos por la mañana acudía después de haber predicado en su iglesia, para sustituir al padre Cassini, recorriendo presuroso las cinco millas que lo separaban de aquella población.

Era fácil encontrar en muchas de estas familias, colgado en la pared, el retrato del padre Piperni, quien, ya en vida, era considerado como santo.

Cuadro completo.

Como los auténticos santos, fué hombre de grandes virtudes, pero como todos los hijos de Adán, tuvo también sus defectos. Un cuadro no estaría completo si no se le diese la debida importancia también a las sombras, destinadas a dar relieve y la justa visibilidad aún a las figuras más luminosas. El padre Piperni tuvo también sus sombras debido a su carácter ardiente e impetuoso de italiano meridional. Este carácter, a semejanza de un fogoso corcel, a veces dominaba y partía a veloz carrera, desbordando en llamaradas de indignación o de resentimiento. Pero su voluntad pronto tomaba la rienda, y se hacía dueño de sí mismo, componiéndose con dignidad. Si después se daba

cuenta que había hecho mala impresión a alguna o que persona o que la habían ofendido, se mostraba entonces lleno de una humildad conmovedora que lo inducía a pedir excusa a veces con los ojos anegados en lágrimas.

Exuberancias de un corazón volcánico que desaparecieron en los últimos años de su vida, cuando en la serena soledad de Richmond aparecía a todos aquel ancianito querido y simpático, dulcísimo en el trato y en la palabra, vivaz en el resplandor de la mirada por la cual se irradiaba toda la belleza de su alma.

Ni aun entonces el anciano operario se dormía sobre sus laureles. De ochenta y ocho años se dedicaba todavía a la compilación de una obra sobre el matrimonio, preocupado por la ignorancia que había encontrado al ejercer su ministerio, tratando sobre su naturaleza y efectos. "Todos hablan de la felicidad que promete el matrimonio —solía decir— pero pocos conocerán la santidad y los sagrados deberes que lo acompañan".

Constatación bien fundada y de actualidad desconcertante aun en nuestros días.

El esposo a las puertas.

El alma del venerable anciano estaba por recibir al Esposo Celestial, al sonar la hora misteriosa. Bien abastecida su lámpara, el vestido de bodas en perfecto orden, la alegría de la inminente partida en el rostro. Y el esposo llegó en Noviembre de 1930.

Una broncopulmonía reacia a los premurosos cuidados de los médicos del hospital de San José, extinguió plácidamente su vida, dejándole comodidad para recibir todos los consuelos de la Religión y de dirigir su último saludo cordial a los hermanos que seguían conmovidos el tránsito del venerado patriarca.

Eran las once de la mañana del día 15 de Noviembre.

El cadáver del primer párroco de San Pedro y San Pablo volvió a entrar, como el de un triunfador en el templo que era su iglesia y que había saludado las etapas más gloriosas de su carrera sacerdotal. Vestida de luto la hermosa iglesia resonó con los ecos de los patéticos cantos de la Liturgia; las campanas lloraron sobre la multitud que oraba entre lágrimas, y el cortejo irrumpió por las calles de la metrópoli californiana detrás de las auto-

ridades eclesiásticas y civiles de la ciudad, seguidas de tal muchedumbre de pueblo que raras veces, o quizá nunca se vió igual. El mismo Gobernador del Estado y el alcalde siguieron el féretro hasta el cementerio de Holy Cross.

El padre Simeoni pronunció breves palabras de adiós, y a éstas hicieron eco de todos los diarios conmovidas páginas que glorificaban al hombre que en toda la California se había granjeado el reconocimiento y la admiración general.

Siguió el plebiscito de condolencias de parte de autoridades, personalidades y gente humilde. El mismo Consejo Municipal de San Francisco rindió homenaje al gran difunto con una noble y elevada declaración.

Si buscas el monumento.....

Ahora él mora en la luz que no conoce crepúsculos, mientras su recuerdo vibra aún bajo las bóvedas de la iglesia que fuera creatura suya.

Si quaeris monumentum circumspice: fué escrito sobre la tumba de un gran arquitecto, erigida en el templo que él había levantado. "Si buscas su monumento, tiende la vista en derredor".

Otro tanto se puede decir del Padre Piperni.

Pero aun la bella y vasta iglesia de los italianos, con sus altas torres y sus vibrantes campanarios, sería un monumento estrecho e inadecuado, para patentizar en toda su amplitud la obra de este operario de vanguardia.

Hay que dirigir la vista sobre la obra salesiana de la California. Desde los humildes orígenes de Grant Ave, se ha extendido a Aptos, a Bellflower, Los Angeles, Oakland, Richmond, Watsonville y aun está en vías de progreso.

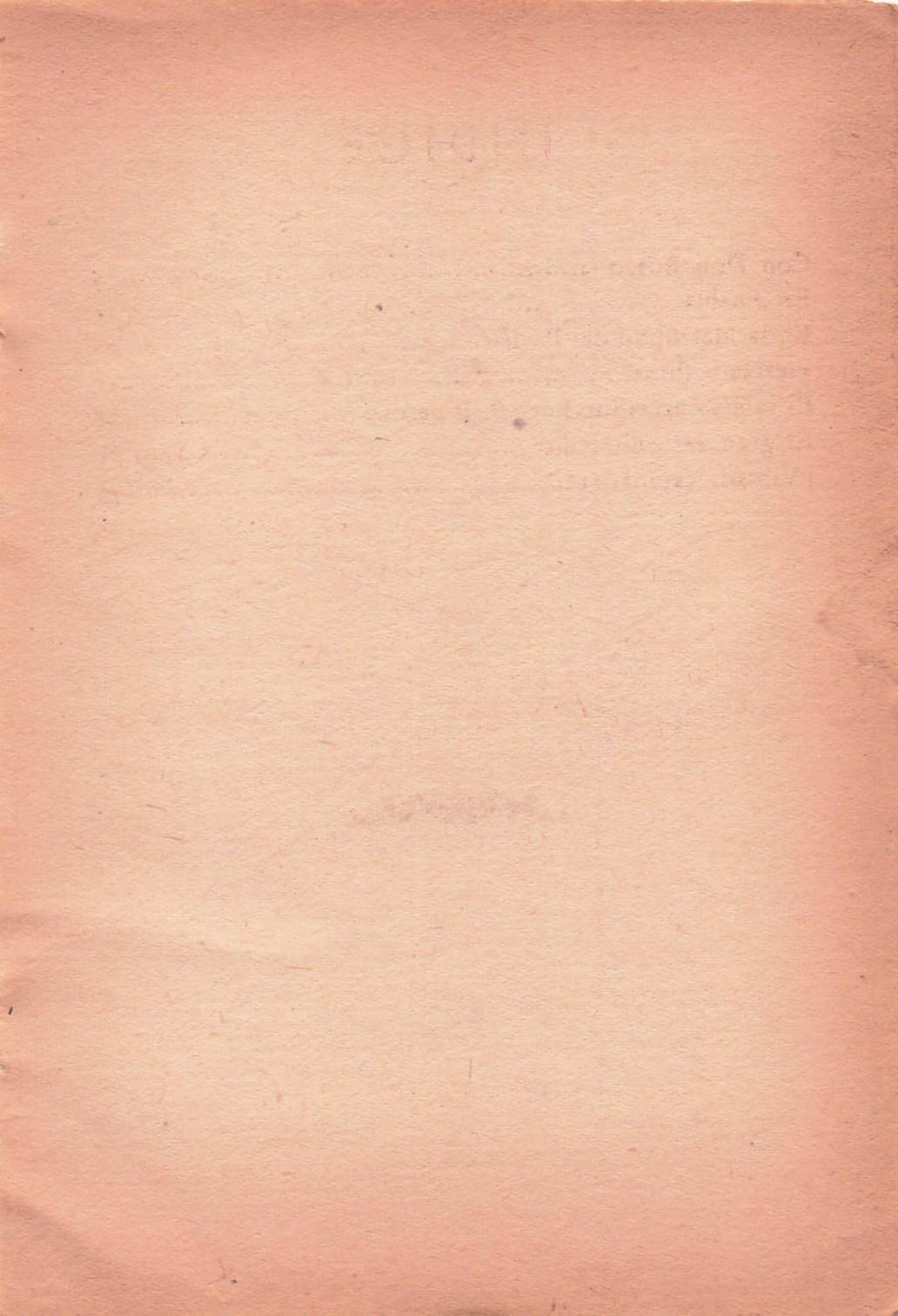
Este sí que es el monumento digno del padre Rafael Piperni, cuyo nombre se recordará universalmente con cariño y admiración, como el nombre de un pionero que ha honrado no sólo a su Patria, a la Iglesia y a la familia Salesiana, sino a la humanidad entera.

F I N

INDICE

Con Don Bosco	5
En Puebla	14
En la Metrópoli del Pacífico	29
Fiestas y lutos.....	48
El jubileo sacerdotal del P. Piperni.....	58
El gran resurgimiento	70
! Vibrad, campanas !.....	79







LECTURAS CATOLICAS

DON BOSCO

Publicación Mensual Recreativa y Moral

Registrado como art. de 2a. clase en la Admón. de Correos de México, D. F., con fecha 22 de febrero de 1944.

Director responsable: Sr. Daniel Zurita.

Apartado Postal 927

Moneda 24.—México, D. F.



Subscripción al año	8.00	Moneda Nacional
Extranjero	1.25	Dollars
Número suelto	0.80	Moneda Nacional
Extranjero	0.20	Dollars